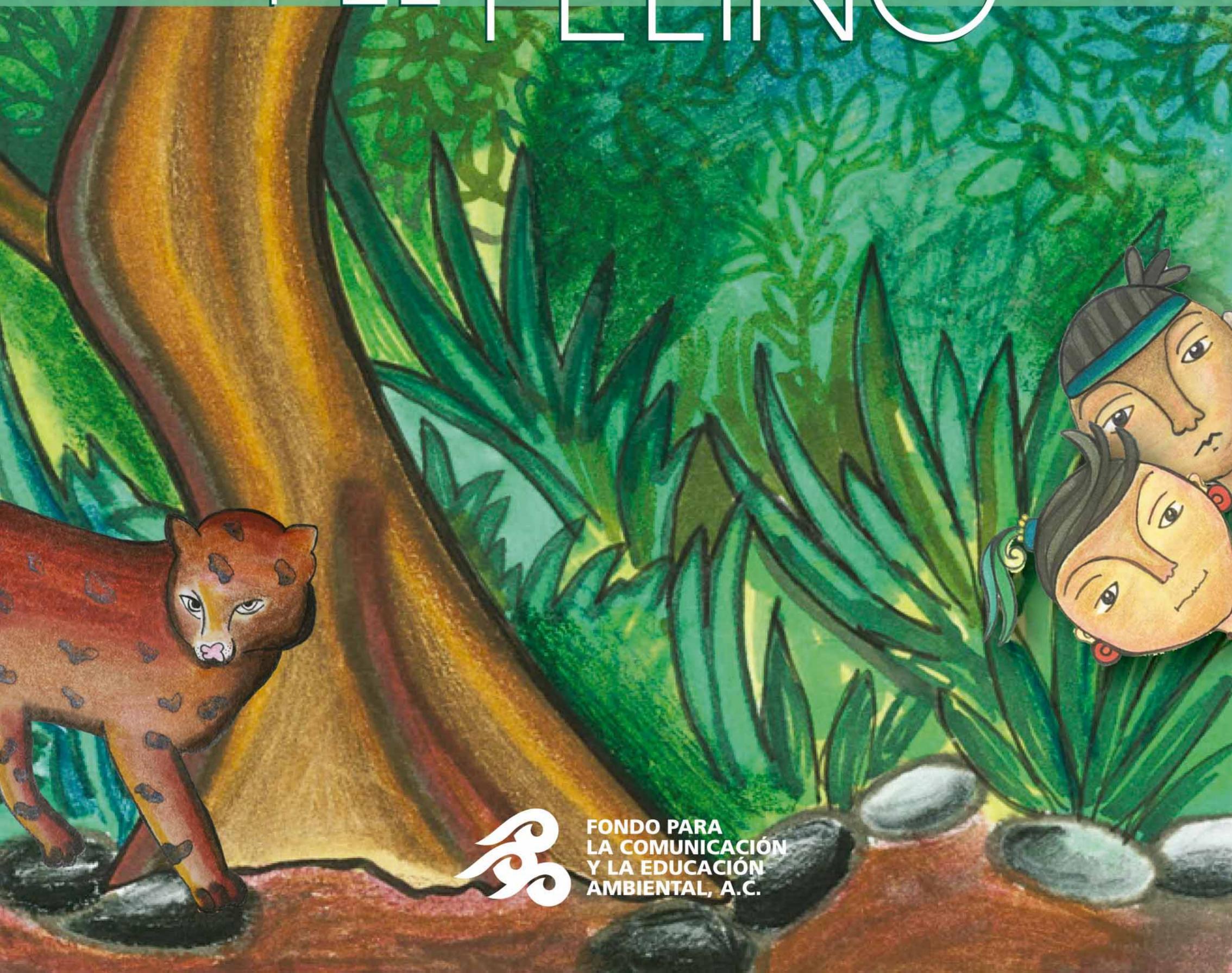


LOS GEMELOS Y EL FELINO



FONDO PARA
LA COMUNICACIÓN
Y LA EDUCACIÓN
AMBIENTAL, A.C.

COORDINACIÓN GENERAL

Ma. Teresa Gutiérrez Mercadillo

ENCUADRE PEDAGÓGICO

Lourdes Illescas Lelo de Larrea

ILUSTRACIÓN Y DISEÑO

Isabel Calzada Subiria

Andrea Esponda Turrent

Agradecemos el generoso apoyo de
Ann Cyphers, Stacey Simmonds
y Florentino Cruz su asesoría para
los aspectos históricos del cuento.

LOS GEMELOS Y EL FELINO

Por: Nuria Gómez Benet



**FONDO PARA
LA COMUNICACIÓN
Y LA EDUCACIÓN
AMBIENTAL, A.C.**



GOLFO DE MÉXICO

COATZACO



ACAYUCAN



MINATITLÁN



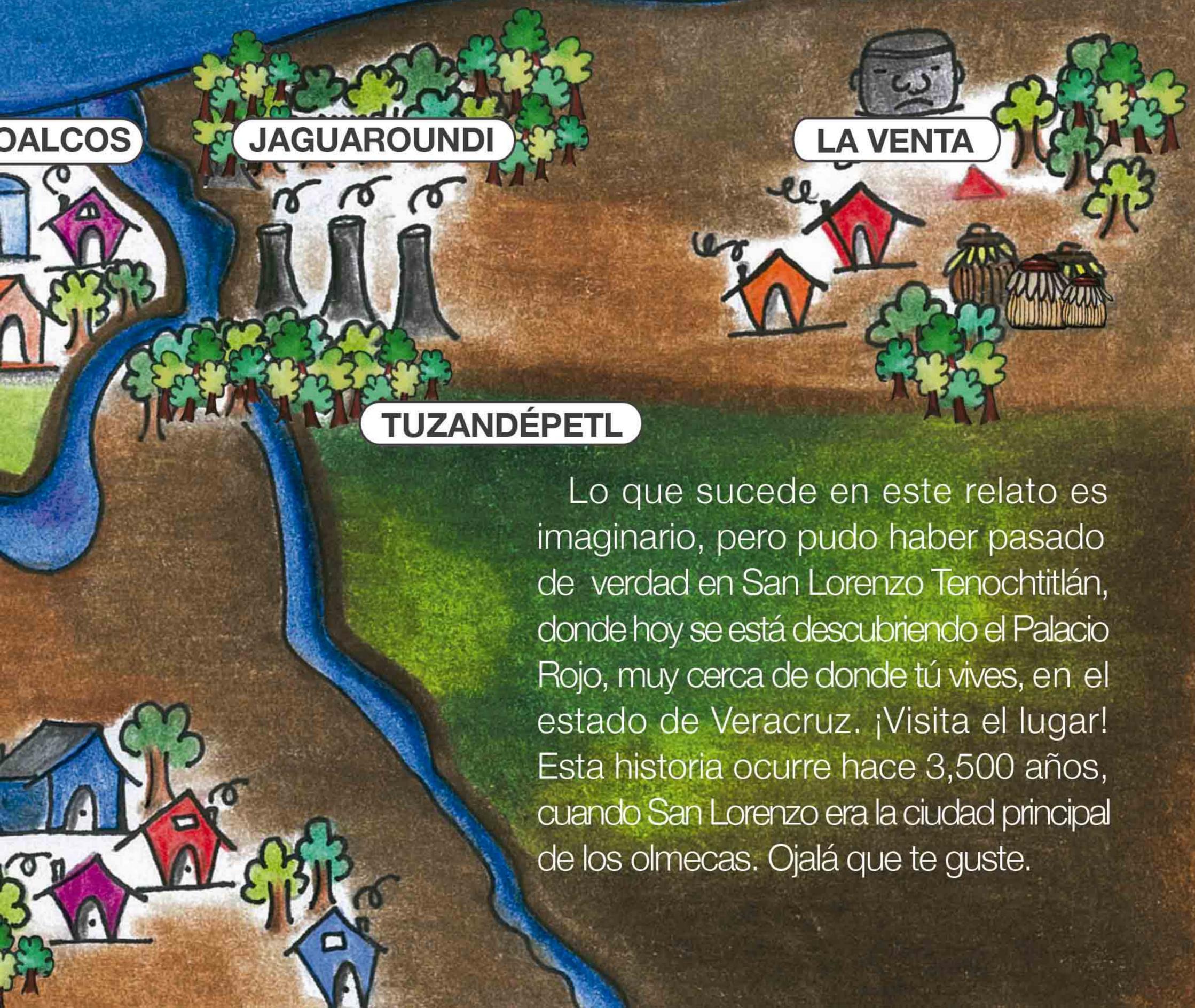
TEXISTEPEC



SAN LORENZO

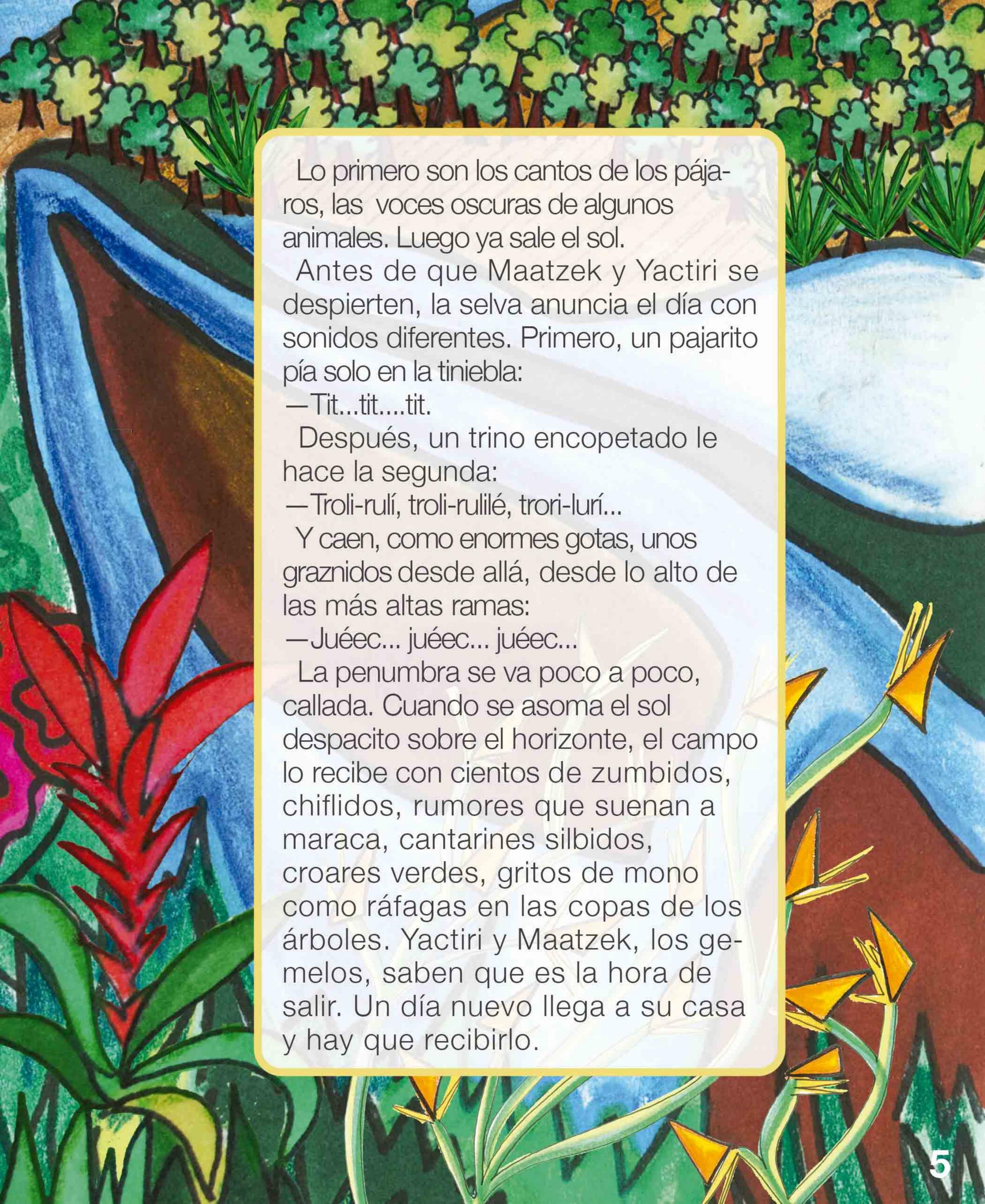
¿Te has imaginado cómo vivirías si hubieras nacido en tiempo de los olmecas? ¿Qué animales y plantas habría por tu casa? ¿En qué trabajarían tus papás? ¿Cómo sería el paisaje? ¿Tendría ríos para pescar? ¿A qué jugarías o cuál sería tu comida favorita?

Para hacer este cuento sobre las aventuras de dos gemelos olmecas, platicamos con biólogos especializados y con Ann Cyphers arqueóloga experta en esta cultura, para saber cómo pudo haber sido la vida entonces.



Lo que sucede en este relato es imaginario, pero pudo haber pasado de verdad en San Lorenzo Tenochtitlán, donde hoy se está descubriendo el Palacio Rojo, muy cerca de donde tú vives, en el estado de Veracruz. ¡Visita el lugar! Esta historia ocurre hace 3,500 años, cuando San Lorenzo era la ciudad principal de los olmecas. Ojalá que te guste.





Lo primero son los cantos de los pájaros, las voces oscuras de algunos animales. Luego ya sale el sol.

Antes de que Maatzek y Yactiri se despierten, la selva anuncia el día con sonidos diferentes. Primero, un pajarito pía solo en la tiniebla:

—Tit...tit....tit.

Después, un trino encopetado le hace la segunda:

—Trolí-rulí, trolí-rulilé, trori-lurí...

Y caen, como enormes gotas, unos graznidos desde allá, desde lo alto de las más altas ramas:

—Juéec... juéec... juéec...

La penumbra se va poco a poco, callada. Cuando se asoma el sol despacito sobre el horizonte, el campo lo recibe con cientos de zumbidos, chiflidos, rumores que suenan a maraca, cantarines silbidos, croares verdes, gritos de mono como ráfagas en las copas de los árboles. Yactiri y Maatzek, los gemelos, saben que es la hora de salir. Un día nuevo llega a su casa y hay que recibirlo.

La mamá está en el patio desde antes del alba: muele maíz, trae agua, prepara el desayuno. Mientras lo hace, escucha... arremeda a los pájaros. Canta igualito que ellos. Con una mano se acaricia suavemente la barriga. Va a tener, dentro de un tiempo, un hijo más.

El papá de Maatzek y Yactiri es constructor: sabe escoger las mejores hojas de palma para hacer los techos de las casas, sabe acomodarlas y amarrarlas como nadie más. Mezcla y apisona el lodo en los moldes de madera y conoce el momento exacto en el que quedan listos los adobes.



Tzunhau, el hermano mayor, aprende el oficio de su papá, pero le gusta más el trabajo del chapopote. Conoce los lugares donde está, lo recoge y lo usa para reparar las canoas y los tecomates de barro donde se guarda el agua. Tzunhau sabe hacer las bolas de chapopote bien apretadas. Una vez hasta fue con otros hombres a venderlas a los pueblos, muy lejos, a días de camino. A Tzunhau le fascina ese material oloroso y negro que no deja pasar el agua. Sospecha que puede servir para muchas cosas que a lo mejor él todavía ni se imagina. Está seguro de que el hombre descubrirá muchos más usos para esa prodigiosa sustancia, pero eso sólo lo dirá el futuro.





Yactiri debe lograr que su hermano pequeño se termine el desayuno, pero no es fácil. Unmu se la pasa jugando con lodo, hace figuritas, bolas de barro, culebras flacas y gordas. Dice que cuando sea grande va a ser un gran escultor, quiere viajar. En el pueblo donde viven ellos, todos andan por los ríos, por entre los islotes cercanos, pescando, buscando acamayas, juntando plantas, pero Unmu sueña con viajar mucho más lejos. Él quiere llegar hasta donde están las grandes moles de piedra, arriba en la sierra, quiere transportar, junto con otros tantos hombres las esculturas gigantes, los tronos; se imagina trepado encima de una inmensa roca, labrando las cabezas con esos ojotes y esos labios enormes, haciendo los retratos de sus gobernantes.

—Pues si no comes bien, no vas a llegar a ser grande —le dice su hermana—, así que si quieres tallar grandes cabezas o tronos algún día, tienes que acabártelo todo.

Unmu se empina el cuenco y sorbe hasta la última gota de su bebida de maíz. Luego le devuelve la vasija a su hermana.

—¿Ya ves, Yactiri? ¡Ahora sí, voy a crecer y voy a trabajar con piedras grandotototas!

—¡Seguro! —le contesta la gemela entre risas.



Aquellos días son especiales para ella y Maatzek: su papá y Tzunhau los llevan con ellos a buscar comida. Deben juntar provisiones para varias semanas, porque ellos irán a trabajar en la construcción de un gran palacio, y mientras no podrán pescar o cazar. Quieren reunir alimentos y leña para dejar en la casa. Su mamá ya les tiene preparado un almuerzo. En la canoa ha dejado listas también las redes y los arpones, las canastas y las cuerdas.

—¡Vámonos! —dice el papá alzando un remo. Y los gemelos, emocionados, saltan dentro de la canoa.





Es tiempo de lluvia y los ríos han crecido. El cayuco navega fácilmente. Al alejarse los niños miran a su mamá en el patio, cargando a Unmu. Cada vez se ve más chiquita. Le dice al pequeño que levante la mano para que sus hermanos lo vean a lo lejos.

Casi no hay que remar. El río los lleva fácilmente hasta los islotes que los hombres han hecho amontonando tierra cerca de la aldea. Desde cada uno de ellos se puede pescar y atrapar acamayayas. Eso dice el papá: ahora es mucho más fácil que como lo hacían antes, antes de que los gemelos nacieran, antes de que se construyeran los islotes. Al alejarse, Yactiri y Maatzek miran en lo más alto del pueblo las casas de los grandes señores y chamanes; en las tierras de en medio, las de los artesanos más importantes. La suya queda más abajo.



Adelante sobre el río, la canoa se detiene. Tzunhau se baja a cortar unos racimos de la fruta del coyol y a sacar ñame de la tierra. El papá les está enseñando a los gemelos cómo poner las redes en el agua, pero Yactiri se distrae. Le ha parecido oír algo, muy quedito entre la hierba, a la orilla del río. Levanta la cabeza y escucha con atención:

— Miaaeuu, miaaeuu.

— Maatzek, ¿oyes eso? —le dice a su gemelo.

— Miaaeuu, miaaeuu.

Todos lo escuchan, pero no ven nada. El papá se ríe:

— Me parece que algún cachorro anda perdido.

Y lleva el cayuco hasta la orilla. A pocos pasos, descubre a un pequeño jaguarondi entre la hierba. Lo toma suavemente entre sus manos y se lo enseña a los niños.



—Alguien se separó demasiado de su mamá y está perdido.

El cachorro tiembla asustado. Tiene los ojos grandes y manchas en la piel. Pero está flaco, debe haberse perdido hace varios días.

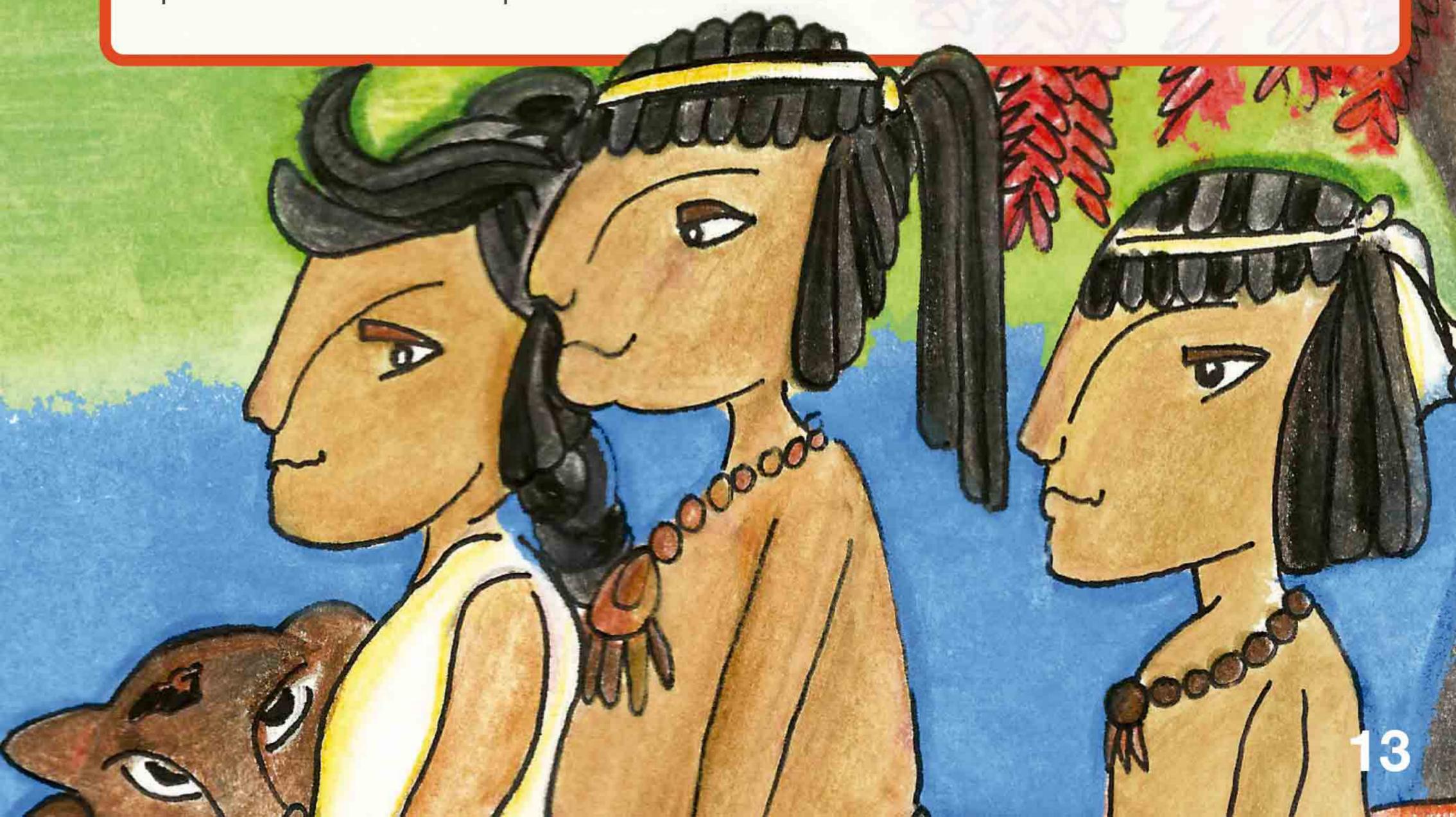
—¡Qué suerte que no lo hayan encontrado otros animales! —dice el papá con gesto serio, mirando hacia la espesura.

—¿Qué vamos a hacer con él? ¿Podemos llevarlo a la casa? —los gemelos saltan a su alrededor.

—No lo sé —contesta el papá—, por el momento vamos a llevarlo en el cayuco. A ver si aparece su mamá. No podemos dejarlo aquí para que se lo coma cualquier animal.

—¡Eeeee! —los gemelos lo llevan encantados. El cachorrito lame con gusto la fruta que Maatzek le ofrece.

De regreso, Tzunhau y el papá van muy atentos buscando a la mamá jaguaroundi y al resto de la camada, pero éstos no se ven por ningún lado. Ya en la casa, le dan al cachorro a tomar un poco de agua con maíz en un tecomate. Parece que le gusta. La mamá cree que es buena idea que lo lleven con ellos cada día en la canoa.





— La jaguaroundi no debe andar lejos — dice mientras termina de tejer el bejuco de un canasto nuevo — . Tiene que andar rastreándolo.



Pasan los días y los gemelos van por el río siempre buscando con la mirada. A veces ven saltar un conejo, otras distinguen un venado que sale corriendo... pero la mamá del cachorro no aparece. A lo mejor está por ahí, entre la hierba, o subida en alguna rama. Maatzek y Yactiri ven plantas por todos lados: los popales de anchas hojas, los largos zacates del tular, los carrizos, las flores rojísimas de la ribera que se distinguen desde lejos, las matas de hojas grandes y oscuras, las verdes claritas que se trepan en los árboles, las espinosas hojas del ixtle, a las que su mamá les saca las fibras para secarlas al sol y hacer con ellas las cuerdas y las redes.



Entre la vegetación hay también mariposas de todos los colores... y están los pájaros. A Maatzek le gustaría poder hablar con los tucanes que pasan sobre el río. Seguramente alguno de ellos, desde lo alto, ha visto a la jaguaroundi tomando agua, cazando, o enseñando a pescar a sus demás cachorros, no lejos de ahí.



Los gemelos ven pasar a los tucanes cada día... y cada día regresan a su casa con el cachorrito. Ya han juntado un canasto grande de peces para secar, han reunido fruta y han sacado de la tierra ñame para muchos días. El cachorro es cada vez más divertido. Juega a atrapar arañas y mariposas alrededor de la casa.

—Tenemos suficiente comida —dice una tarde el papá—. Ya sólo saldremos mañana. Pasado mañana Tzunhau y yo empezamos a trabajar en la construcción del palacio con los demás.

Por la noche, afuera de la casa se escuchan miríadas de insectos. Adentro, los gemelos hablan más quedito que cualquier zumbido:

—Maatzek, ¿tú crees que mañana encontremos a la mamá del cachorro?

—No sé. Ya pasaron muchos días.

—¿Y si no la encontramos?

—No sé. A lo mejor papá quiere que lo dejemos por ahí. Ya está más grande y también más fuerte. ¡Hasta se le están quitando las manchitas de cachorro! Papá dice que, igual que nosotros, puede encontrar en el campo todo lo que necesita para vivir.

Llueve. Afuera se moja la tierra, se llenan las pozas y corren los ríos. Yactiri sueña que es una jaguaroundi que mira caer el agua desde su cueva, preguntándose dónde estará su cachorro.





Al día siguiente, Maatzek pesca un hermoso pez anaranjado. Está contento. De regreso va cantando y no para de hablar, emocionado. Pero su papá lo calla de pronto:

— ¡Shhh!, silencio. ¡Miren!

A la otra orilla del río, está una familia de jaguaroundis. La hembra, alerta, mira fijamente a los humanos.

— ¡Shh! — dice Tzunhau —, y rema casi sin mover el agua, hasta la orilla. Con una seña, su papá le pide a Yactiri que le dé al cachorrito. Los gemelos lo acarician por última vez. El papá pone un pie en tierra y deja al cachorro entre el zacate. En cuanto la canoa se aleja, la jaguaroundi se acerca a él y lo olfatea.

Después, lo lame y lo lame, y lo vuelve a lamer, como si quisiera quitarle del pelaje el olor a persona. Luego, se pierde entre la maleza. Sus tres crías la siguen, brincando sin mirar atrás.



El papá y Tzunhau ya están trabajando en la construcción del palacio, en lo más alto de la meseta. Llegan en las tardes contentos y cansados. Siempre tienen algo que platicar. Dicen que el palacio tendrá muchos cuartos, no sólo uno, ¡y grandes! Dicen que debajo del piso habrá canales para llevar el agua. De puro basalto, la piedra oscura que se trae desde la sierra, a varios días de distancia.

—¡Basalto! —repite Unmu emocionado— ¡Yo voy a ir cuando sea grande! ¡A traer basalto! ¡Basalto! ¡Hasta arriba del monte más alto! — y pega de brincos por todo el patio.

Tunhau acaricia la cabeza de su hermanito. Luego le cuenta que los pisos y las paredes del palacio serán de color rojo. Que tendrá grandes columnas para detener un enorme techo de palma.





—Algunas serán también de basalto, Unmu —le dice su papá sonriendo de ladito.

—¡Basalto, sí, sí! ¡A traer basalto! ¡Hasta arriba del monte más alto! ¡Y salto y salto y salto!—y se aleja brincando, muerto de la risa.

Cuando Maatzek regresa con su hermanito de vuelta, el papá sigue hablando del palacio.

—Va a ser algo grandioso —les dice—, ¡ni se imaginan!

La voz de Tzunhau demuestra orgullo: —¡Seguro va a durar muchísimo! ¡La de gente que podrá llegar a conocerlo con el tiempo!

—¡Es cierto, mi hijo! —sonríe de nuevo el papá—, lo que estamos haciendo no va a ser fácil que se destruya con los años.

Los gemelos quieren ir a conocer el palacio, pero su papá les dice que no. Deben quedarse en casa y ayudar a su mamá, que cada vez camina más despacio.

Así pasan semanas enteras. La construcción ha tomado más tiempo del esperado y el pescado seco comienza a escasear.

Como Maatzek y Yactiri ya están hartos de fruta y ñame, le piden permiso a su mamá para ir a pescar.

— ¡Ándale, mamá, sólo vamos aquí cerquita!

La mamá lo piensa y se acaricia la barriga:

— Está bien, pero con mucho cuidado.

Los gemelos se van felices con la red.

El sol ya está en lo alto y los niños siguen pescando. De repente, en un descuido, ¡el río se lleva la red!

— ¡Yactiri! — le grita Maatzek a su hermana, que está más abajo — ¡Allá va la red!

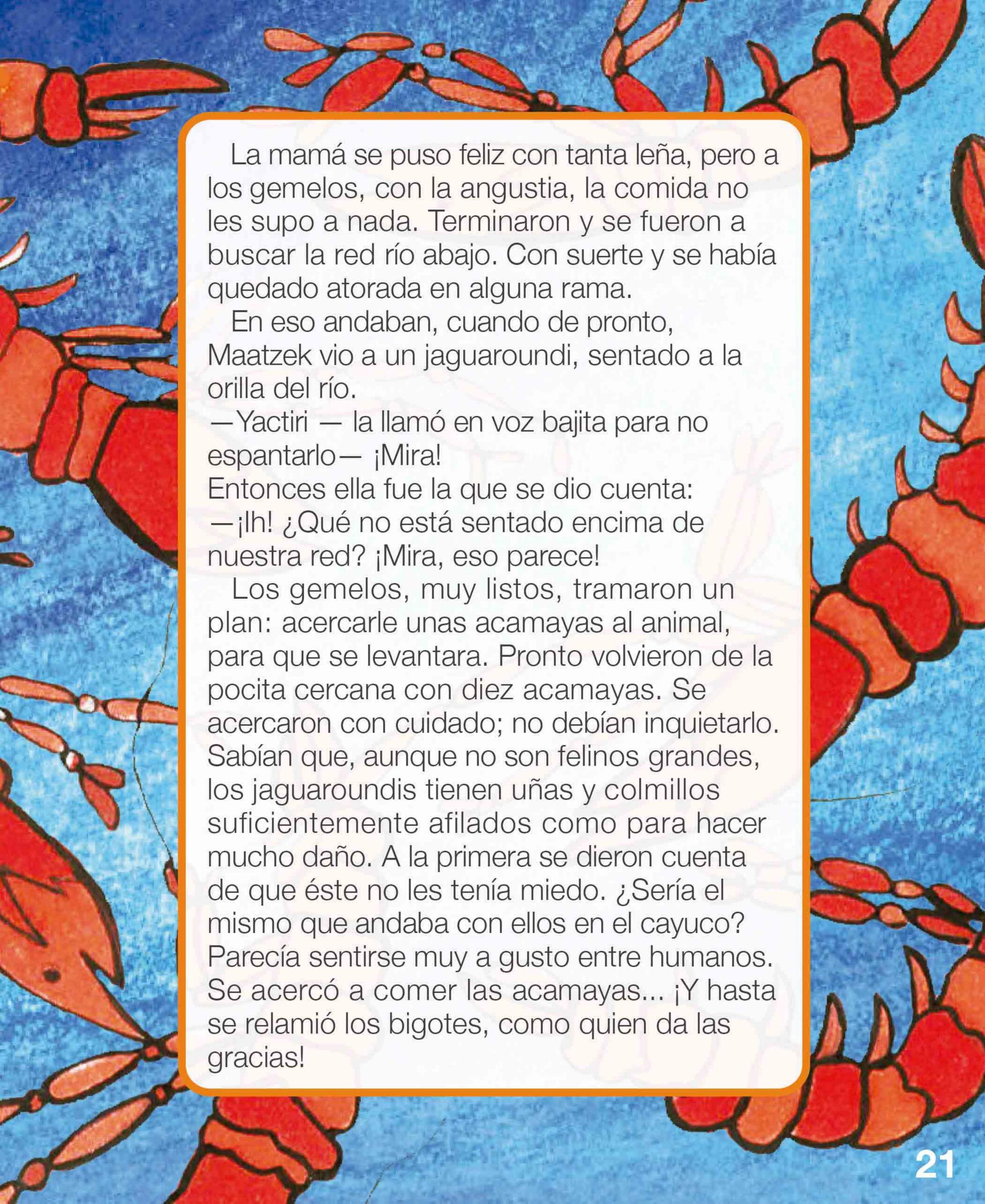
Yactiri corre tras ella, pero ni con un palo puede alcanzarla.

— ¡Ih! ¡Ahora sí! ¡Mi mamá me va a poner una regañiza...! — Maatzek no encuentra consuelo —. ¡De aquí a que ella pueda ir a recoger más ixtle, de aquí a que seque las fibras al sol, de aquí a que teja las cuerdas, y de aquí a que vuelva a hacer otra red...!

Su gemela se queda callada. Sabe que cada una de las cuerdas que teje su mamá es importantísima para todo: para amarrar los techos, para pescar, para jalar y detener las grandes piedras, para subir el agua de los pozos. ¡Las cuerdas son casi sagradas! Yactiri mejor ni se lo recuerda a su hermano.

Además, es hora de regresar a la casa a comer.

— Ya sé: vamos a juntar mucha leña y se la llevamos a mamá. Así ni se acuerda de la red y en la tarde nos regresamos a buscarla.



La mamá se puso feliz con tanta leña, pero a los gemelos, con la angustia, la comida no les supo a nada. Terminaron y se fueron a buscar la red río abajo. Con suerte y se había quedado atorada en alguna rama.

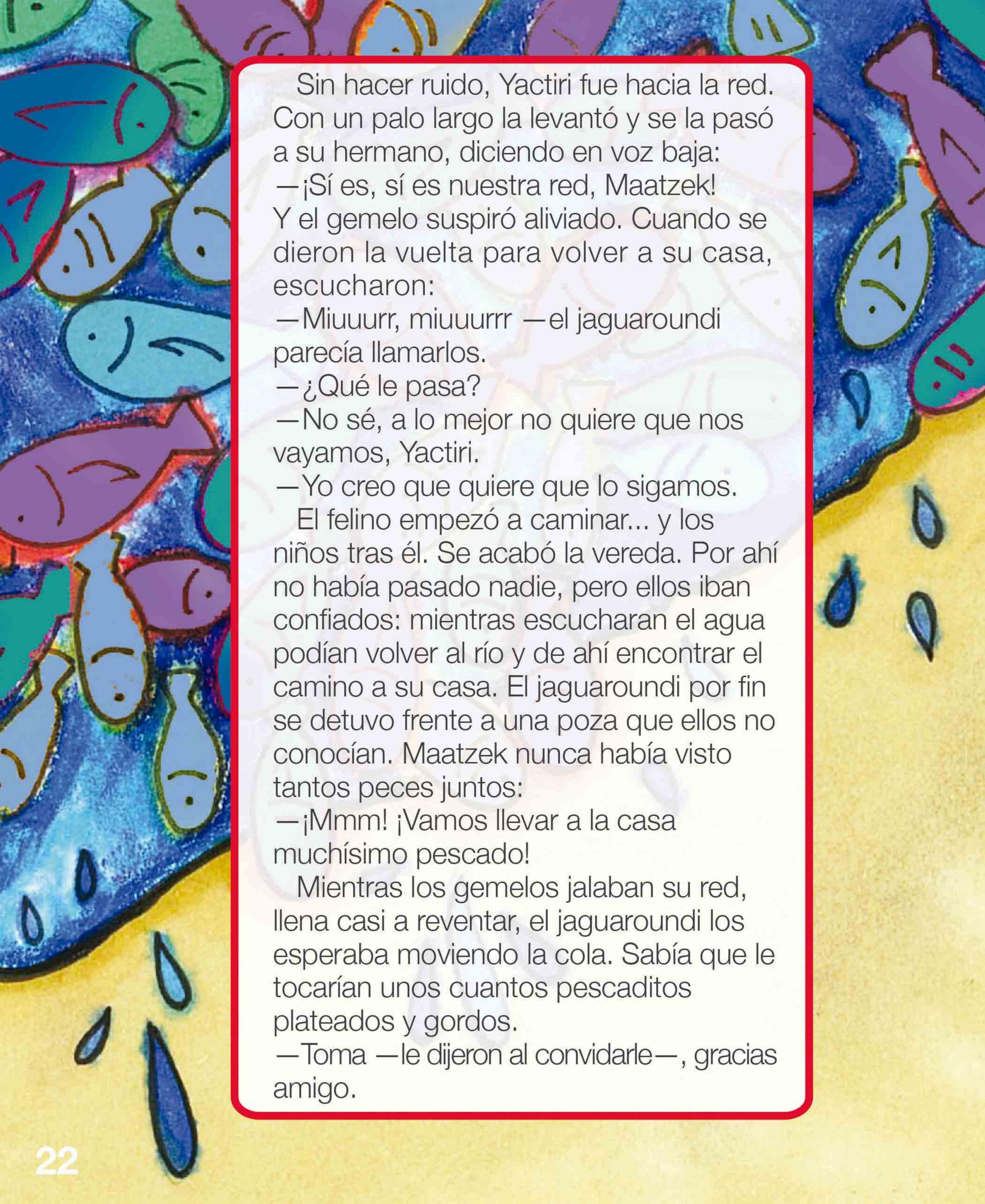
En eso andaban, cuando de pronto, Maatzek vio a un jaguaroundi, sentado a la orilla del río.

—Yactiri — la llamó en voz bajita para no espantarlo— ¡Mira!

Entonces ella fue la que se dio cuenta:

—¡lh! ¿Qué no está sentado encima de nuestra red? ¡Mira, eso parece!

Los gemelos, muy listos, tramaron un plan: acercarle unas acamayayas al animal, para que se levantara. Pronto volvieron de la pocita cercana con diez acamayayas. Se acercaron con cuidado; no debían inquietarlo. Sabían que, aunque no son felinos grandes, los jaguaroundis tienen uñas y colmillos suficientemente afilados como para hacer mucho daño. A la primera se dieron cuenta de que éste no les tenía miedo. ¿Sería el mismo que andaba con ellos en el cayuco? Parecía sentirse muy a gusto entre humanos. Se acercó a comer las acamayayas... ¡Y hasta se relamió los bigotes, como quien da las gracias!



Sin hacer ruido, Yactiri fue hacia la red. Con un palo largo la levantó y se la pasó a su hermano, diciendo en voz baja:

— ¡Sí es, sí es nuestra red, Maatzek!

Y el gemelo suspiró aliviado. Cuando se dieron la vuelta para volver a su casa, escucharon:

— Miuuurr, miuuurr — el jaguaroundi parecía llamarlos.

— ¿Qué le pasa?

— No sé, a lo mejor no quiere que nos vayamos, Yactiri.

— Yo creo que quiere que lo sigamos.

El felino empezó a caminar... y los niños tras él. Se acabó la vereda. Por ahí no había pasado nadie, pero ellos iban confiados: mientras escucharan el agua podían volver al río y de ahí encontrar el camino a su casa. El jaguaroundi por fin se detuvo frente a una poza que ellos no conocían. Maatzek nunca había visto tantos peces juntos:

— ¡Mmm! ¡Vamos llevar a la casa muchísimo pescado!

Mientras los gemelos jalaban su red, llena casi a reventar, el jaguaroundi los esperaba moviendo la cola. Sabía que le tocarían unos cuantos pescaditos plateados y gordos.

— Toma — le dijeron al convidarle —, gracias amigo.



Esa tarde, cuando volvieron Tzunhau y su papá, encontraron tanto pescado en el patio, que felicitaron a los gemelos. —¡Qué bien! —les dijo el papá—. Si quieren, de premio, mañana los llevo a que vean cómo estamos haciendo el palacio. Tzunhau ya terminó su trabajo y puede quedarse con mamá. —¡Eeee! —gritaron felices los gemelos.

La mamá los miró contenta y se acarició la barriga. Cuando terminó de desgranar los elotes se metió a descansar. Pronto necesitaría todas sus fuerzas: el bebé estaba por nacer.

A las tres noches, nació una niña. Yactiri y Maatzek la escucharon llorar desde el patio. Se voltearon a ver ilusionados. Entonces, su papá salió de la casa muy contento y les dio, para festejar, dos grandes cuencos con bebida de cacao: —Es una niña —les dijo—. Tiene los ojos grandes y brillantes, creo que la llamaremos Aroundi.

Arriba en el cielo brillaba una luna flaquita con forma de cuna. Sólo los gemelos vieron pasar al jaguaroundi. Desde lejos, en la negrura, los miró con sus ojos resplandecientes, bajó la cabeza como si los felicitara... y se dio media vuelta. De nuevo se perdió entre las plantas, entre los mil sonidos de la noche.



Epílogo

Como te diste cuenta, en el tiempo de los olmecas no había tiendas en San Lorenzo. Casi todo lo que Maatzec y Yactiri necesitaban lo conseguían directamente de la naturaleza. Vivían rodeados de selva y agua donde pescaban, recogían frutas y plantas, para tejer sus techos y redes; comían también venados, guajolotes, pejelagartos y conejos.

Hoy ya no es igual, hay más casas, fábricas y terrenos cultivados donde antes había selva y ríos. Por eso, muchas personas y organizaciones estamos trabajando para proteger y recuperar lo que todavía hay, para que la naturaleza pueda seguir dando alimento, medicinas, materiales de construcción, aire y agua limpias; para que siga estando tan viva, tan bonita que nos llene de orgullo.

En Texistepec, por ejemplo, se está trabajando en limpiar de contaminantes el agua y la tierra, y en lograr que vuelvan a crecer las plantas que antes había. Jaguaroundi y Tuzandépetl ya son áreas naturales protegidas para conservar especies y salvar la selva; en algunas zonas se está reforestando y cuidando los manantiales, ríos y lagunas.

¿Te gustaría hacer algo para ayudar a que estas tierras recuperen su riqueza? Platícalo con tus papás, junta a tus amigos y háblenlo con sus maestros. Hay muchas cosas que pueden hacer. Si necesitan saber más, consulten la página de Internet:

www.eambiental.org/biolmeca/educacion. Ahí encontrarán algunas ideas para hacerlas juntos. A lo mejor, dentro de algunos años, alguien escribe un cuento de cómo entre todos, logramos salvar la naturaleza en nuestra región.

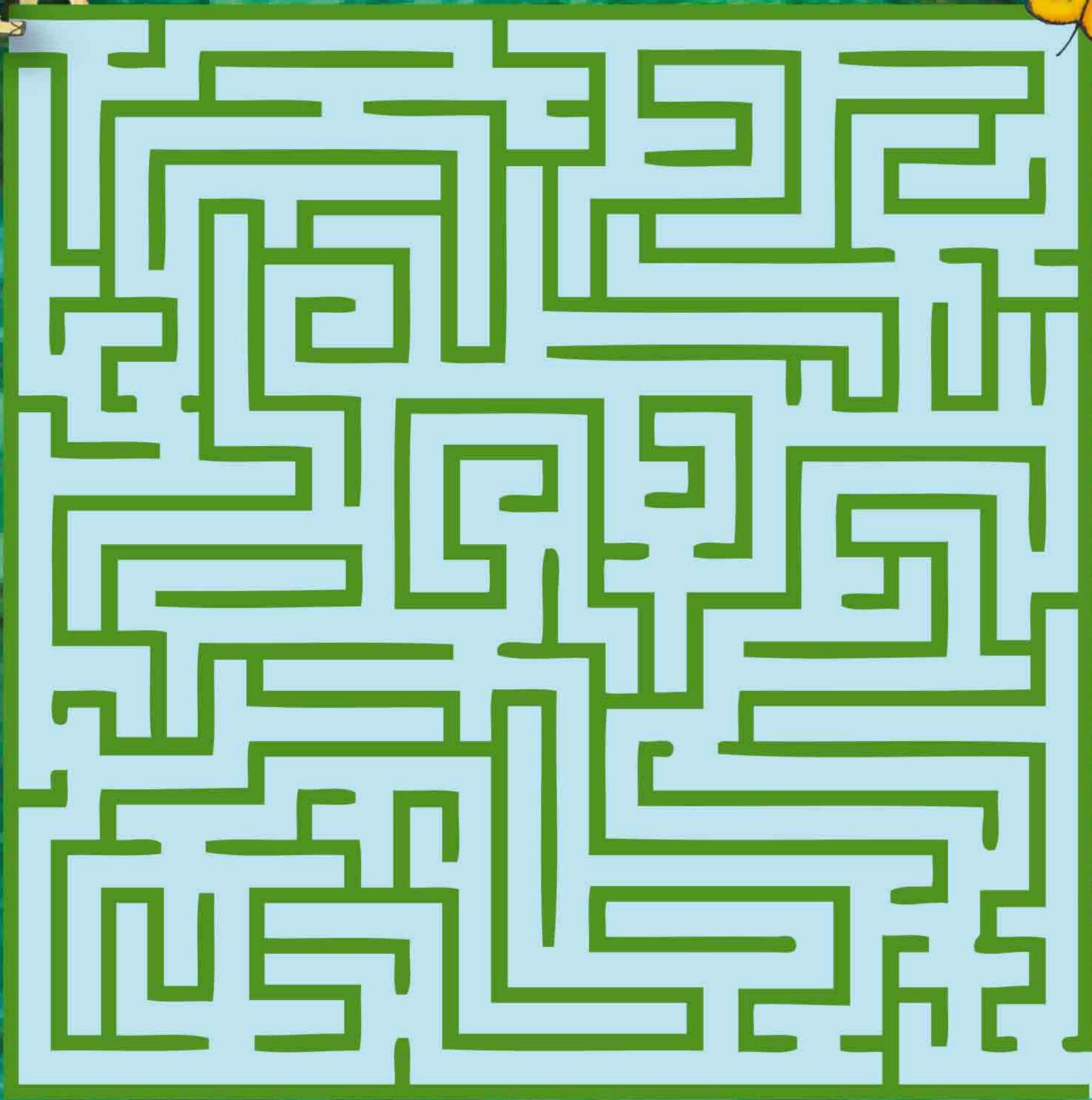
Encuentra las palabras escondidas.

- JAGUAROUNDI
- CHAMÁN
- OLMECA
- PALACIO ROJO
- TECOMATE
- ÑAME
- CANAL
- RED
- CHAPOPOTE
- ACAMAYA

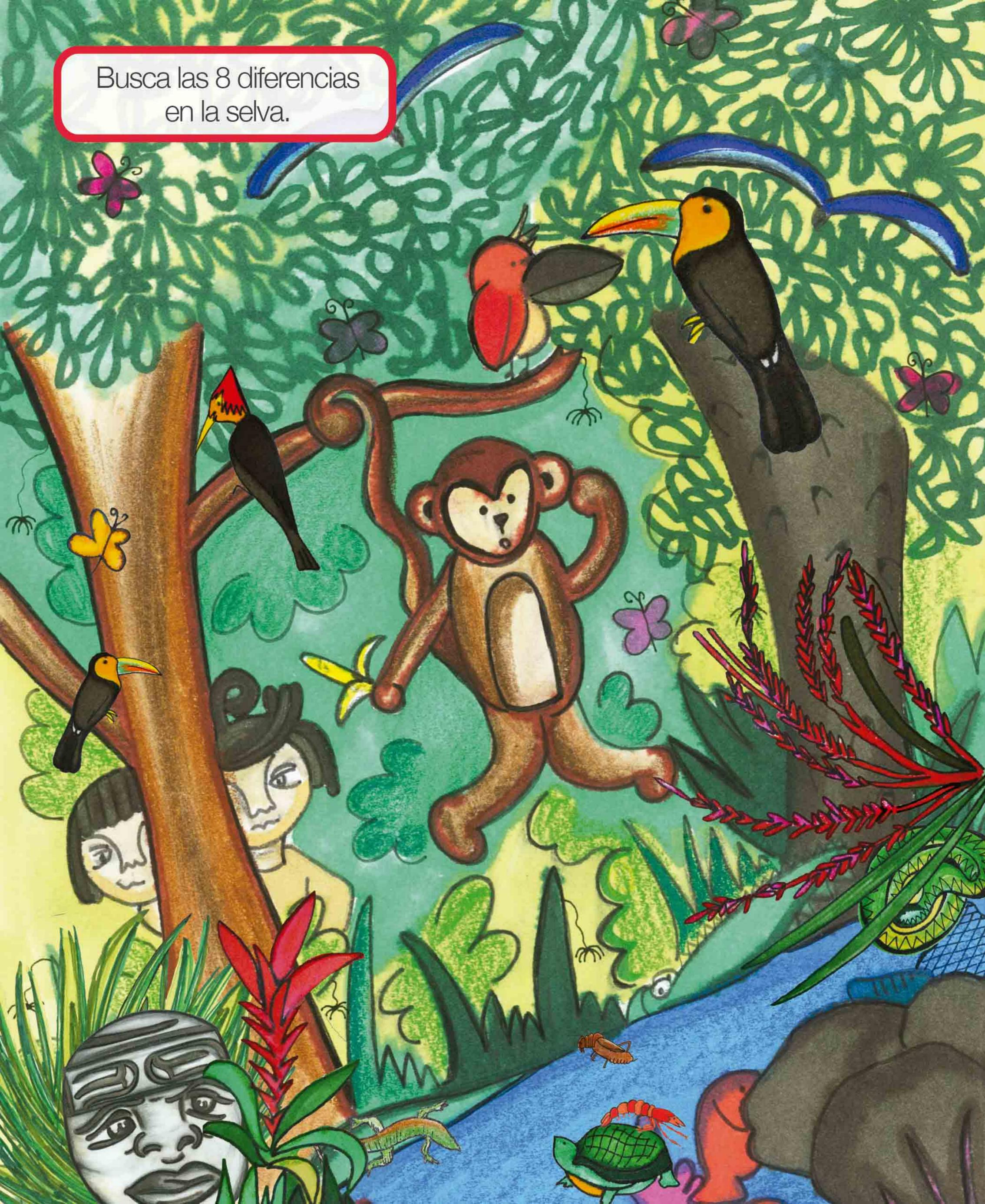
T	A	S	I	M	I	M	O	S	A	P	E	E	C	H	O	C	H	A	V
J	A	C	A	M	A	L	L	Z	M	N	T	E	X	U	N	E	O	N	I
A	A	I	G	F	M	T	A	G	I	X	A	H	B	I	D	P	K	L	J
Y	U	G	U	G	H	L	T	A	C	A	M	A	Y	A	K	F	E	L	P
A	D	Ñ	U	F	J	K	E	U	I	R	O	L	G	O	M	U	M	Y	A
P	O	R	F	A	A	V	O	N	U	N	C	R	B	A	R	C	E	E	L
A	A	V	O	Y	R	S	A	I	C	A	E	T	R	S	A	H	A	S	A
U	A	R	A	M	I	O	Y	R	O	L	T	R	U	O	P	O	N	R	C
Z	P	E	I	D	A	N	U	N	A	D	T	A	W	P	O	C	I	I	I
X	A	N	U	N	D	O	N	N	S	I	O	T	R	O	M	O	T	A	O
O	R	T	A	P	N	U	S	E	D	R	A	R	Ñ	C	Y	P	H	G	R
D	E	A	J	E	T	U	K	R	T	I	A	M	A	A	S	A	O	U	O
G	D	N	I	T	R	E	B	I	L	C	R	E	A	L	M	M	T	O	J
Y	U	I	O	P	A	C	A	M	A	H	I	M	O	T	S	E	R	P	O
V	Y	D	U	W	P	Z	X	E	V	L	N	C	C	E	R	N	S	L	B
O	C	F	D	T	G	C	T	C	N	O	B	O	B	K	I	K	M	K	H
P	I	O	J	I	L	O	A	U	W	S	U	N	M	L	O	E	U	P	U
B	N	Q	G	S	P	D	B	K	E	R	O	M	E	A	C	G	G	O	I
W	R	A	B	O	I	A	R	N	R	D	H	T	T	A	L	D	U	O	J
N	G	F	P	M	A	G	U	A	F	A	T	U	H	A	E	Ñ	A	L	N
T	H	A	E	K	R	E	A	M	L	U	C	A	N	I	P	V	A	M	B
D	H	G	D	U	Y	N	D	A	O	A	M	A	H	D	Q	X	J	K	K
C	P	K	L	Ñ	J	H	G	H	F	D	C	S	A	Z	X	C	V	B	E
O	I	U	Y	T	R	E	Q	C	W	Q	Ñ	A	S	D	F	G	H	J	K



Lleva a Maatzek y Yactiri hasta su canoa.



Busca las 8 diferencias en la selva.





GLOSARIO



JAGUAROUNDI



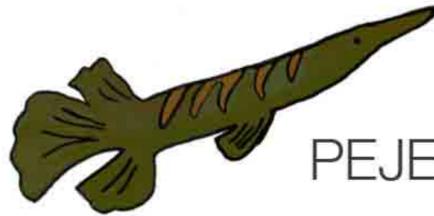
BEJUCO



CAYUCO



POPAL
Y TULAR

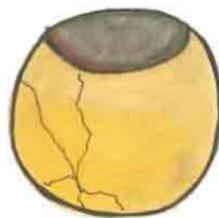


PEJELAGARTO



CARRIZO

ACAMAYA



TECOMATE



IXTLE



BASALTO



ARPÓN



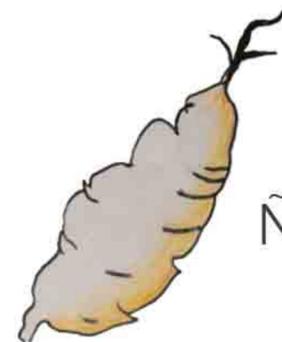
ISLOTE



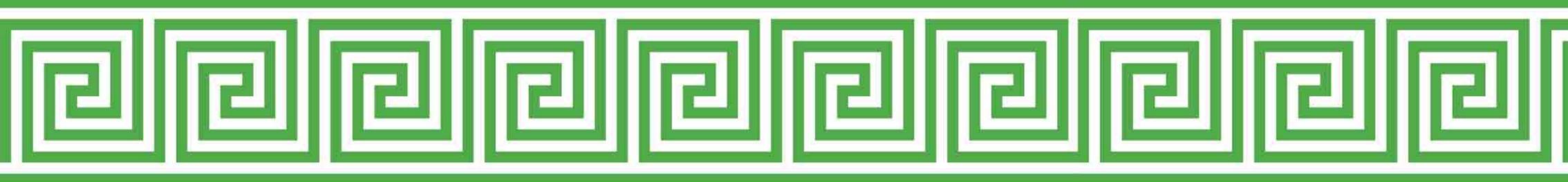
CHAPOPOTE



COYOL



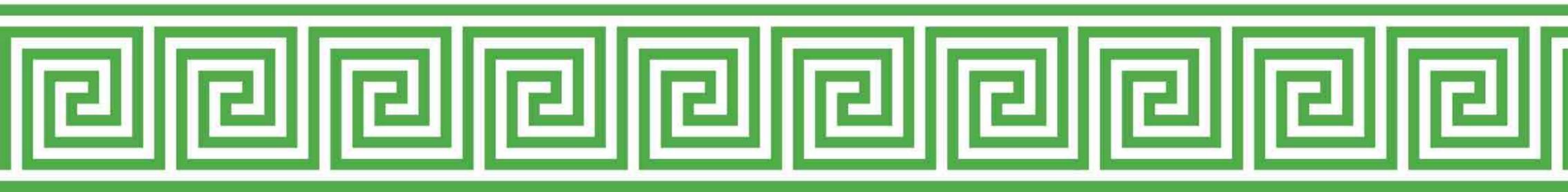
ÑAME



Este cuento se imprimió en papel elaborado con materiales de desecho, mismos que de no haber sido reciclados, hubieran tardado en degradarse naturalmente entre 500 y 1000 años. Además, por cada tonelada de papel reciclado, se dejan de talar en promedio 17 árboles, se ahorran 26.500 litros de agua y se evita la emisión de 575 kilos de gases de efecto invernadero a nuestra atmósfera.

Se terminó de imprimir en los talleres de DISSA en el mes de marzo de 2012. El tiraje consta de 3,000 ejemplares, impresos en papel Ecológico Recicla 100 de 75 g.

RESPUESTAS: 1. ARAÑA, 2. FRENTE DE LA CABEZA OLMECA, 3. HOJA DE FLOR ROJA, 4. GRILLO, 5. ACAMAYA, 6. TUCÁN PEQUEÑO, 7. MARIPOSA AMARILLA, 8. VIBORA.





Esta publicación se realizó gracias
al apoyo de Pemex.

